

Editorial

*La penetración de la telefonía móvil:
tendencias mundiales
y pronósticos para México*

Julio César Arteaga
Daniel Flores Curiel
Fernando Orozco
página 1

*Bilbao y Monterrey (1870-1914)
Empresariado, industria y desarrollo
regional en la periferia (primera parte)*

Mario Cerrutti
Jesús María Valdaliso
página 4

*Indicadores Adelantados
y Coincidentes*

Erick Hernán Cárdenas Rodríguez
Luis Alberto Cepeda Villasana
página 13

*Índice de precios al consumidor
correspondiente a marzo y
abril de 2002
*página 19**

Entorno Económico

Bilbao y Monterrey (1870-1914). Empresariado, industria y desarrollo regional en la periferia. (primera parte)

Mario Cerrutti*

Jesús María Valdaliso**

Ponencia presentada en el XIII Economic History Congress

(Buenos Aires, julio de 2002)

I. INTRODUCCION

Aunque el tema es complejo y denso, no se pretende que este trabajo llegue demasiado lejos. Se trata, tan sólo, de un racimo de consideraciones iniciales, de un intento de cotejo entre procesos económico/empresariales de sesgos regionales suscitados en México y España en un período limitado: el que corrió desde 1870 a 1914.

En Bilbao, en el País Vasco, y en Monterrey del norte oriental mexicano, se da una respectiva aparición de empresariados dedicadas a la industria urbana, al igual de la aparición trascendental de la sociedad anónima que fue de gran importancia para la inserción de capitales en la producción a gran escala.

Un elemento decisivo en ambos marcos regionales lo constituyó -en las décadas anteriores al montaje de las grandes firmas industriales- un verificable proceso de formación previa de capitales, de concentración de bienes y recursos.

Si hay algo que ha terminado de verificarse en algunas sociedades latinoamericanas que mostraban mayor desarrollo relativo a principios del siglo XX -México, por ejemplo- y algunas europeas incorporadas con retraso al proceso de industrialización -España, entre otras- es que aquel desarrollo nada tuvo de homogéneo a escala de cada Estada-nación. Por el contrario, mostraban profundos desequilibrios que -hoy es visible- habrían de marcar la historia posterior.

Una mirada atenta, *regionalizada*¹, del siglo XIX insinúa lo fructífero que puede resultar observar paralelamente ciertos fenómenos de las periferias europea y latinoamericana². Aunque, es verdad, se trataría de un planteamiento delicado. Para empezar significa una fuerte fractura con la muy asentada concepción de observar *lo europeo* como *antagónico* u *opuesto* a lo latinoamericano: una visión sensiblemente alentada por las nociones dependentistas que tan fulminante éxito obtuvieron desde fines de los años 60 en las Ciencias Sociales. Además, puede llevar no sólo a una controversia entre latinoamericanistas, sino también con colegas dedicados al siglo XIX en Europa.

* Se ha especializado en la historia económica y empresarial del norte de México. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores (nivel 3), imparte las asignaturas sobre Historia Económica en la Facultad de Economía de la UANL. Entre sus libros destacan "Propietarios, empresarios y empresa en el norte de México" (México, Siglo XXI Editores, 2000), "Burguesía, capitales e industria en el norte de México" (México, Alianza Editorial, 1992) y "Empresarios españoles y sociedad capitalista en México" (Archivo de Indianos, Colombres, España, 1985).

** Es doctor en Historia y catedrático de Historia Económica en la Facultad de Economía e Instituciones Económicas de la Universidad del país Vasco, en Bilbao, España. Entre sus libros sobresalen "¿Que invente ellos?. Tecnología y cambio económico en la España contemporánea" (Alianza Editorial, Madrid, 1997) e "Historia Económica de la Empresa" (Crítica, Barcelona, 2000).

Pero, ¿cuál Europa? ¿Sólo la de las economías líderes de la revolución industrial? ¿No hubo otra Europa menos conmovida por dicha ruptura histórica? ¿Y España? ¿Y Portugal? ¿Y esa misma Italia tan condicionada, atrapada por el feudalizado Sur? Como bien lo ha señalado Pollard³, la revolución industrial no sólo habría sido un fenómeno fuertemente regional: además, no alcanzó a trastocar radicalmente -en el siglo pasado y hasta la Primera Guerra- todo el occidente europeo. Y la forma de proyectarse sobre su periferia más cercana -España, Portugal, por ejemplo- no parece haber sido excesivamente distinta a la que golpeó buena parte del continente americano. Si así fuere, se podría arriesgar finalmente otra incitante sugerencia: tal vez resulte más provechoso -desde el punto de vista comparativo- enfrentar México con España que, verbigracia, hacerlo con Haití, Paraguay o Venezuela.

España y México: ¿pueden cotejarse?

Un racimo de fenómenos y tendencias de visible paralelismo emergió en el devenir decimonónico mexicano y español. Para empezar, nada menos que la desamortización de bienes corporativos (eclesiásticos, municipales y, en México, de comunidades indígenas), y lo que los españoles llaman la *revolución liberal*⁴. Procesos que, por cierto, se dieron totalmente entrelazados y que apuntaron a modernizar - por medio de reformas- las estructuras socioeconómicas, institucionales y políticas de ambas sociedades.

Si de México y España se continúa hablando, hubo mucho más. Tras las respectivas guerras de independencia (en las que España, jugó los dos papeles) llegaría una prolongada inestabilidad política e institucional, las pugnas civiles y la influencia creciente del poder militar, el prolongado combate entre grupos liberales y unos conservadores aliados -con frecuencia- a los jefes castrenses y avalados casi siempre por la iglesia católica, los aparatos estatales con déficits permanentes, las dificultades para consumar la revolución liberal y el final acuerdo (ya en las últimas décadas del siglo) entre *conservadores modernizantes* y *liberales moderados*.

No menos atractiva se presenta la revisión de ciertos datos de los dos sistemas *nacionales* de producción y sus vinculaciones con la economía mundial. El atraso rural, la importancia de la gran propiedad, los obstáculos para la configuración de un ágil mercado interior y para una dinámica generalización de los componentes capitalistas, el avance por momentos tortuoso de las políticas económicas de sesgo liberal, el impacto ocasionado por el tendido de los ferrocarriles y las inversiones extranjeras, la consolidación en la segunda mitad del siglo de áreas especializadas en la exportación de productos primarios, la aparición de focos de industrialización y -con ello- el tan desigual peso que asumieron ciertos espacios regionales dibujan, en síntesis, un cuadro riquísimo para el cotejo, para una simultánea indagación.

Y, además, algo que alude a puntos nucleares de este trabajo: los mecanismos que permitieron prosperar a segmentos empresariales regionales en las tan poco favorables condiciones de un siglo XIX tumultuoso, la conexión entre el mercado de los países avanzados y determinados brotes de industrialización, y el papel que jugaron instituciones como la sociedad anónima, las redes familiares y la industria pesada en esos limitados pero diferenciables desarrollos regionales.

España y México -como la misma Italia- constituyeron casos llamativos de sociedades fundamentalmente agrarias que, a fines del XIX, se encontraban en la periferia más cercana, inmediata, de los centros de la revolución industrial. Si España se adhería a la *frontera europea* -Francia⁵, Inglaterra, el mismo norte italiano-, México se articulaba por el norte al mercado que crecía con los ritmos más impresionantes de la época: los Estados Unidos⁶.

En las dos situaciones, ese escenario mayor que era la revolución industrial no dejó de provocar efectos peculiares: los medios de comunicación y transportes -el ferrocarril, el vapor, el telégrafo- vincularon áreas económicas y fronteras políticas antes deshilvanadas, y se gestaron enormes demandas de materias primas industriales e

insumos derivados de la producción pesada (metalurgia básica).

Si bien México y España operaban desde la periferia, pudieron responder *a través de sistemas regionales* que lograron situarse en un escalón intermedio entre los parámetros de la sociedad capitalista contemporánea. Nivel que se expresó --entre otras variables-- con la emergencia de empresariados de base fabril, de poderosos grupos económicos dispuestos a asociar sus capitales y a competir no sólo en el mercado interior: también, a disputar porciones del propio mercado internacional.

II. BILBAO Y MONTERREY

El motivo de este trabajo, pues, es ofrecer un rápido cotejo entre Bilbao, en el País Vasco, y el Monterrey del norte oriental mexicano. Se pondrá particular énfasis en la respectiva aparición de empresariados dedicadas a la industria urbana, en la importancia que asumió la gran metalurgia, en el doble impacto de los mercados nacional e internacional y en la trascendencia que la sociedad anónima tuvo para la inserción de capitales en la producción a gran escala.

Bilbao y Monterrey iniciaron un interesante ciclo de crecimiento fabril en las postrimerías del siglo XIX. Los respectivos auges coincidieron con llamativas transformaciones en los mercados internos y con marcadas demandas de insumos intermedios por parte de las economías avanzadas. A diferencia de Barcelona y su entorno, de Puebla y el valle central de México, o de Sao Paulo, no fueron las fábricas de bienes livianos y de consumo masivo el dato vertebral que caracterizó a Bilbao y Monterrey, sino la producción de bienes e insumos destinado a la misma producción.⁷

Si en Monterrey se fundaron grandes establecimientos de fundición productores de metales no ferrosos y ferrosos (a los que se agregaron fábricas de cemento y vidrio), en Bilbao fue creada una vigorosa industria siderúrgica, a la que siguieron empresas

transformadoras del hierro y del acero, fabricas de papel y astilleros. En ambos casos --además de surgir plantas dedicadas a bienes de consumo masivo (cerveza y otras bebidas, alimentos, artículos de higiene)-- los últimos años del XIX y los inaugurales del XX enmarcaron la apertura de instituciones bancarias

¿Cómo pudieron protagonizarse estos procesos en sociedades en las que *supuestamente* los grupos empresariales eran tan débiles como incipientes, en las que estos núcleos podían verse sometidos a las políticas *nacionales* de sectores dominantes menos innovadores, y en las cuales el capital extranjero - según se ha solido narrar reiteradamente- predominaba con amplitud?

1. El impacto del comercio

Un elemento decisivo en ambos marcos regionales lo constituyó -en las décadas anteriores al montaje de las grandes firmas industriales- un verificable proceso de formación previa de capitales, de concentración de bienes y recursos. Los segmentos propietarios que al agotarse el XIX operaban desde Bilbao y Monterrey habían sabido experimentar con habilidad en un escenario saturado de crónicos desajustes sociopolíticos. No puede extrañar, por lo tanto, que una de las vías principales de acumulación fuese, en ambos centros urbanos, el comercio.

La actividad mercantil y naviera gozaba de una larga historia en el puerto de Bilbao⁸. Su condición industrial, además, resultó fértilmente estimulada desde 1841, cuando se trasladaron hacia esa frontera las aduanas que hasta entonces funcionaban en el interior del territorio español y, con ello, estimularon la renovación tecnológica de la siderurgia vizcaína y el surgimiento de otros sectores fabriles. No obstante, para los años 50 y 60, describe Fernández de Pinedo, “la burguesía bilbaína de más peso (seguía) siendo básicamente comercial y bancaria, con sus más firmes negocios vinculados al tránsito de mercancías y a las anejas necesidades crediticias”⁹.

Este dinamismo mercantil -que en buena medida se nutría con los resabios del imperio colonial (Cuba y Puerto Rico)- se intensificó con el advenimiento del librecomercio propiciado por la revolución de 1868.

Bilbao, bien conectado con el interior peninsular mediante el ferrocarril desde finales de los años 50, cumplía el papel que se le asignaba como puerto del norte español en el comercio internacional. Sus grandes comerciantes manejaban, también, el crédito: un dato que quedó en evidencia no sólo con la muy temprana fundación del Banco de Bilbao, en 1857, sino también con su paralela instrumentación al movimiento comercial.¹⁰

Monterrey también se convirtió desde mediados de siglo en un significativo nudo mercantil. El cambio de la línea fronteriza tras la guerra con Estados Unidos (1846/47) le asignaría -a través de Texas- una clara función de intermediaria con el mercado internacional. Esta posición quedó consolidada en los años del gobernador Santiago Vidaurri (1855-1864), quien se caracterizó por habilitar y poner a su servicio las aduanas sobre el río Bravo, y por fijar aranceles drásticamente más liberales que el que promulgó en la ciudad de México, en 1856, el presidente Ignacio Comonfort.

Las luchas civiles desatadas por las leyes de Reforma y la invasión francesa no sólo aumentaron la autonomía de este gobernador en el lejano noreste: crearon además imperiosas necesidades militares que, en buena medida, fueron financiadas por núcleos de comerciantes situados a ambos lados de la frontera. El préstamo y el abastecimiento de guerra fueron dos vetas usufructuadas con amplitud y presteza por la embrionaria burguesía de Monterrey, que recibió otro enorme impulso gracias a las demandas generadas por la guerra de Secesión en Estados Unidos (1861-1865).¹¹

España y México, por entonces, se encontraban envueltos en la contienda desatada por los avances del liberalismo. Fue un conflicto que atravesó ambas sociedades durante gran parte del XIX, y

que tendió a atenuarse sólo en los años 70. En España, precisamente, uno de los últimos estertores de las luchas civiles terminó con la segunda guerra carlista, en 1876. En México, *orden y progreso* despuntaron con el advenimiento de Porfirio Díaz, también en 1876. Un prolongado período de estabilidad llegaría con la *Restauración* y el *porfiriato*, que fusionaron en ambos casos los intereses de conservadores que admitían ciertos cambios con los de liberales que habían domado su radicalismo.

Fue desde esos años 70 que se agregaron con firmeza otras actividades a la mercantil y a los movimientos conexos de dinero. Una variante resultó la lenta aproximación a la producción, por vías diversas.¹² Otra, el uso más diferenciado del préstamo, del dinero en manos burguesas. Una tercera, no desligada de las anteriores, la apropiación del suelo y del subsuelo¹³.

A medida que se asentaba la estabilidad interior, las demandas de un mercado interno en articulación -aunque lentamente- aumentaron. El ferrocarril, en los dos casos, multiplicó los intercambios entre distintos ámbitos regionales (y, en el caso de Bilbao, reforzó el papel de su puerto), movimiento que se habría de intensificar por una ascendente tendencia a la especialización en la producción regional. Al inaugurarse la década de los 80, por otro lado, las demandas externas se harían sentir con vigor.

2. El arranque de la sustitución de importaciones en Vizcaya.

La minería del hierro emergió en Vizcaya como un sector fundamental. Usufructuando los importantes yacimientos de esta provincia, el norte español se adelantó levemente -en este rubro- al mexicano, que debió aguardar hasta la segunda fracción de los 80 para una explotación más imperiosa del subsuelo.

La explotación del mineral de hierro vasco fue incentivada por las demandas inglesas y, en una proporción elevada, impulsada por capitales extranjeros, que necesitaban un mineral de la

calidad del vizcaíno para producir acero Bessemer. Pero los propietarios autóctonos parecen haber obtenido, directa o indirectamente, una tajada cuantiosa. Familias como los Martínez Rivas, Ybarra, Chávarri, Gandarias o Echevarrieta y Larrínaga, concentraron considerables beneficios.

No obstante, más que por la reinversión de esos beneficios (menos importante de lo que se había indicado)¹⁴, el hecho de disponer de un mineral de excepcional calidad movió a algunos empresarios de la provincia a montar plantas siderúrgicas para producir lingote de hierro colado y acero Bessemer tanto para el mercado nacional como para el europeo (las primeras estimaciones de las exportaciones tendieron a magnificar su importancia relativa durante el decenio de 1880; en tanto que las revisiones últimas señalan que, entre 1880 y 1900, las representaron alrededor del 25 por 100 de la producción. El resto se consumía en el mercado español).¹⁵

El cambio técnico en la siderurgia y, en concreto, la difusión de los nuevos procedimientos para la fabricación de acero, fue el factor que explica la hegemonía vizcaína dentro del mercado español: desde finales del siglo XIX hasta la entrada en funcionamiento de una nueva acería en Sagunto (Valencia) en los años 20, Vizcaya proporcionó cerca del 70 por 100 de la producción de hierro dulce y acero de España.

Las plantas levantadas entre 1879 y 1882 fueron la San Francisco, Altos Hornos y Fábricas de Hierro y Acero de Bilbao, y la Compañía Anónima de Metalurgia y Construcciones La Vizcaya. Estas dos últimas --las más importantes-- habrían de fusionarse en 1902 entre sí y con La Iberia (gestada en 1888) en Altos Hornos de Vizcaya.

Todas ellas mostraban una gran capacidad de producción y abastecían tanto el mercado nacional como una porción del europeo. El cierre de este último mercado --consecuencia de las políticas proteccionistas aplicadas desde finales de los años 80-- terminó de orientar a los siderúrgicos vizcaínos al mercado interior, y promovió la creación de empresas metalúrgicas y de construcciones

metálicas y de maquinaria (la mayor parte de las cuales surgió en Vizcaya).

La entrada en vigor del arancel de 1891 respaldó la estrategia de los fabricantes vizcaínos, que en esta década introdujeron tecnología de punta (hornos Martin-Siemens) para producir los nuevos tipos de acero que se demandaban. La protección del mercado interior favoreció la puesta en práctica de acuerdos de colusión y la concentración empresarial en la industria siderúrgica, dominada, a partir de 1902, por Altos Hornos de Vizcaya.¹⁶

El fuerte desarrollo experimentado por la marina mercante bilbaína en el último cuarto del siglo XIX, que convirtió a Bilbao en el puerto de registro de algo más de la mitad de la flota mercante española, acabó impulsando el nacimiento de industrias y servicios auxiliares a la navegación. En particular cabe destacar la creación de astilleros y talleres de reparación de buques, localizados en la ría de Bilbao, cerca de la fuente de demanda y de las acerías proveedoras de chapa. Hasta la I Guerra Mundial, la empresa más importante en este sector fue la Compañía Euskalduna de Construcción y Reparación de Buques, a la que se unió la Sociedad Española de Construcción Naval a partir de 1917¹⁷.

Vizcaya disponía de una oferta abundante de mineral de hierro, pero no contaba con carbón, al que tuvo que importar de otras regiones de España y, sobre todo, del extranjero. Esta dependencia energética explica la rápida difusión de la electricidad en la industria vizcaína, iniciada en los años 90 del siglo XIX. El proceso de electrificación en Vizcaya estuvo, desde fechas relativamente tempranas, protagonizado por una gran empresa, Hidroeléctrica Ibérica, fundada en 1901 con el respaldo financiero del Banco de Vizcaya (que controlará buena parte de las sociedades de generación y distribución de energía eléctrica en España en estos años)¹⁸.

La industrialización de Vizcaya requirió de una infraestructura de transportes y de una red de comunicaciones que, una vez puestas en marcha, contribuyeron considerablemente al

desarrollo económico. La red ferroviaria, nucleada en torno a Bilbao, ya estaba completada a principios del siglo XX, haciendo de esta provincia una de las regiones más densamente conectadas de Europa. A la altura de 1913, por ejemplo, la densidad de la red ferroviaria en Vizcaya, era de 25 kilómetros por cada 100 km² y de 18 kilómetros por habitante, cifras superiores a las que presentaban en su conjunto países como España, Francia, Gran Bretaña y Alemania y sólo comparables a las de Bélgica¹⁹. La demanda creciente de infraestructura y de edificaciones fabriles y residenciales tuvo, a su vez, efectos de arrastre sobre la construcción y la fabricación de materiales destinados a este uso.

3. Monterrey: del comercio a la industria pesada

En el norte centrooriental de México, también desde mediados de los 70 comienza a observarse una mayor proclividad a dirigir recursos, bienes y capitales a sectores productivos.

Un caso distinguible fue el de la comarca de La Laguna, productora de algodón. Los núcleos mercantiles residentes en Monterrey (y en otras ciudades del norte: Saltillo, Chihuahua, Durango) quedaron ampliamente involucrados en el desarrollo de estas tierras bañadas aluvionalmente por el río Nazas, que desciende de la Sierra Madre Occidental. La habilitación de dinero y mercancías que ofrecían a los agricultores movilizó la explotación especializada para el consumo interior. En ciertos casos -los Madero, los Zambrano y los vascos Hernández/Mendirichaga- hubo participación directa en la producción.

De una u otra forma, el financiamiento provenía de las antiguas casas mercantiles: la instrumentación del dinero era una actividad paralela y permanente. La dinámica financiera de estos grandes comerciantes configuró de hecho un sistema pre bancario en el norte oriental, que no desaparecería con el advenimiento de las instituciones bancarias especializadas. Patricio Milmo, el asturiano Valentín Rivero, los ya citados hermanos Hernández, Evaristo Madero y el también vasco Francisco

Armendaiz, entre otros, operaban este fecundo ámbito²⁰.

La apropiación de tierras en escala importante fue otro matiz de estos años de transición entre la expulsión de los ejércitos franceses (1867) y el brote fabril de los 90. Hacia los 80, como sucedió en el País Vasco, comenzó a explotarse el subsuelo: el carbón, en especial en el estado de Coahuila, fue un claro ejemplo. Si bien la minería no impactó tan directamente sobre Monterrey como sucedió en Bilbao, atrajo también fuertes capitales regionales y extranjeros y provocó una gigantesca movilización de los intercambios en el norte mexicano. Cuando aparecieron las grandes plantas de fundición, una relevante porción de los capitales de Monterrey convergió también hacia la explotación minera.

El comercio legal e ilegal, el uso del préstamo, y la concentración de la tierra y del subsuelo habían estimulado un proceso formativo de recursos y capitales que remató en la última década del XIX con la aparición de la industria urbana. El formidable mercado que la segunda revolución industrial había gestado en Estados Unidos, la articulación y expansión del mercado interno, la estabilidad sociopolítica porfiriana con sus claras modificaciones institucionales, y una adecuada legislación -tanto en el nivel federal como en el provincial- diseñaron una coyuntura propicia que no dejó de ser aprovechada por el embrionario empresariado de Monterrey.

Pero fueron justamente las grandes plantas de metalurgia básica -orientadas a la fusión de minerales, a la producción de insumos para el propio sector de transformación- las que imprimieron su sello a este brote fabril. La industria pesada -con alta concentración del capital, avanzada tecnología e intensa demanda de materias primas provenientes del subsuelo norteño- resultó un dato clave en el ciclo abierto en Monterrey desde 1890. Los capitales de origen regional jugaron un vigoroso y, en cierto modo, preponderante papel en esta actividad.

Entre 1890 y 1893 comenzaron a operar tres de estas compañías. Una de ellas -la Gran Fundición

Nacional Mexicana, que luego se llamó American Smelting and Refining Co (ASARCO)- pertenecía a los hermanos Guggenheim, de Nueva York. Pero antes que se afincaran los Guggenheim (su planta fue llamada significativamente “fundición n° 3”) se habían implementado otros dos establecimientos: el mercado del este de Estados Unidos invitaba a este tipo de inversiones, pese al riesgo que suponía.

La primera de las fundiciones fue la Nuevo Leon Smelting, que ya había solicitado exención de impuestos en febrero de 1890. No tuvo el éxito de las demás y debió clausurar sus portones en los mismos años de la década de los 90. Diferente, en cambio, fue el devenir de la Compañía Minera, Fundidora y Afinadora “Monterrey S.A.”, cuyo capital se multiplicaría aceleradamente: pasó de una inversión inicial de aproximadamente 300 mil dólares a unos tres millones y medio en 1908. La Minera, Fundidora y Afinadora se sustentó -como la Nuevo León Smelting- en capitales locales: los núcleos burgueses de Monterrey, junto con negociantes que llegaron de puntos próximos (como los inmigrados italianos Ferrara, residentes hasta entonces en Sierra Mojada, Coahuila), olfatearon las demandas del mercado norteamericano de metales industriales, en especial el plomo.

El ciclo inaugurado antes de 1893 por estas sociedades -a las que habría que agregar fábricas dedicadas a la producción en escala limitada de maquinaria y equipos para agro y minería- tuvo intensa repercusión. Además de comenzar a cubrirse en forma simultánea fragmentos del mercado interno, se incentivó una experiencia empresarial que remató entre 1900 y 1903 con el más importante proyecto de la época: la instalación de la primera siderurgia integrada de América Latina (la más grande de su tipo hasta Volta Redonda, en Brasil, levantada con apoyo estatal en los años 40).

La Compañía Fundidora de Fierro y Acero de Monterrey SA exigió cinco millones de dólares como inversión inaugural, utilizó elementos tecnológicos avanzados (el convertidor Bessemer y hornos Siemens Martins por ejemplo), incorporó gruesos contingentes de trabajadores, y -como las fundiciones que la precedieron- generó un vivo movimiento mercantil en el gran norte oriental

mexicano con sus demandas de minerales en bruto y combustibles²¹. Lo que la distinguía de las anteriores era que su producción estaba destinada a un mercado nacional de importancia relativa pero concreta que había generado condiciones suficientes para alentar semejante proyecto. Como España, México contaba a comienzos del siglo XX con una infraestructura ferroviaria capaz de generar demandas sistemáticas de hierro y acero; presentaba asimismo una expansiva franja de intercambios a nivel de organismos públicos, de empresas y productores (agricultura, minería, el mismo sector fabril del centro del país) que acicateaban el consumo. Y como en el caso bilbaíno, la depreciación de la moneda, factores institucionales, capacidad de gestión ante el poder federal y una legislación favorable alentaron el desenvolvimiento de la siderurgia.

Las grandes plantas de metalurgia básica colocaron a Monterrey -a principios del siglo- en un plano diferenciable en el contexto continental. Se trató de una experiencia empresarial escasamente repetida en otras latitudes latinoamericanas y reproducida en el terreno siderúrgico, bastante después, sólo en Brasil²². Las diferencias pueden plantearse, a la vez, en el ámbito nacional. Si el País Vasco se distinguió y tomó distancia de una Cataluña centrada en la producción liviana -textiles, sobre todo-, Monterrey no dejaría de sobresalir de las expresiones fabriles de la más precoz Puebla, con las más recientes del valle central de México y con las que se impulsaban en esos mismos años en el valle de Orizaba, en Veracruz.

Notas.

1.- Si bien el marco del Estado-nación no puede estar ausente en la indagación sobre procesos decisivos en la formación del capitalismo, convendría descartar la tentación de ampliar a todo su contexto las especificidades de ciertos fenómenos regionales. Por otro lado, el cotejo exclusivo y excluyente entre espacios regionales de *un mismo* Estado-nación no siempre resulta enriquecedor. La fertilidad del esfuerzo comparativo -ejercicio indispensable para el conocimiento histórico- quizá se multiplique si opera con espacios regionales pertenecientes a sociedades y estados nacionales diferentes.

- 2.- Un intento a escala de formación de burguesías y brotes regionales de industrialización se encuentra en Cerutti y Vellinga (1989).
- 3.- Pollard, 1991.
- 4.- Véase un intento comparativo en Menegus y Cerutti, en prensa.
- 5.- Para la circunstancia catalana véase Maluquer de Motes, 2001.
- 6.- “Desde los años setenta del siglo XIX...el mercado interior estadounidense creció más de prisa que el de cualquier otro país”. Se trataba del “mercado interior más extenso y de crecimiento más rápido del mundo”. Chandler, 1996, pp.82-83
- 7.- El nacimiento de plantas de metalurgia pesada y de otras industrias de base, sin embargo, no alcanzó a generar un más global ciclo de *desarrollo autosostenido*, a hacer detonar la revolución industrial a escala de las sociedades española o mexicana. Ni fue suficiente contar con modernizantes burguesías productoras ni, en el caso español, la industrialización global y autónoma pudo asegurarse sumando la precoz experiencia catalana.
- 8.- Véanse, por ejemplo, Fernández de Pinedo, 1974, 1986, y 2001.
- 9.- Fernández de Pinedo, 1989, p.215, y 2001.
- 10.- Sudriá, 1985, pp.258-59, y Fernández de Pinedo, 1986. Este último autor resumió así los procesos transitados desde mediados de siglo y hasta la década de los 70: “Poco después de finalizar la primera guerra carlista se dieron las condiciones para iniciar una nueva fase de crecimiento. Las aduanas se situaban en la costa y habían desaparecido las barreras entre el mercado vasco y el resto de la monarquía; en 1849 se autorizaba la exportación de mineral, hasta entonces prohibida; la supresión de mayorazgos y la desamortización civil y eclesiástica desbloqueaban una parte de los obstáculos a la movilización de la riqueza monetaria en las zonas rurales... Todas estas medidas, con el cambio de la coyuntura internacional en los inicios de los años cincuenta, favorecerán una fase de crecimiento...que pondrá la base al desarrollo que se producirá a partir de los ochenta. Pero ese crecimiento dejará de lado las zonas rurales y se centrará en el comercio y la industria”. Fernández de Pinedo, 1984, p.318.
- 11.- Para lo acontecido en Monterrey, el noreste de México y Texas a partir de 1850 puede consultarse Cerutti, 1983, 1984 y 1992; y Cerutti y González, 1993 y 1999.
- 12.- Una incipiente industrialización se percibía ya en las “provincias marítimas” del País Vasco (Vizcaya y Guipúzcoa) a partir del traslado de las aduanas a la costa, en 1841. La protección arancelaria frente a la competencia extranjera permitió este arranque, financiado con capitales procedentes del comercio y de la tierra (Fernández de Pinedo, 2001). La especialización industrial de partida en cada provincia se debió a la existencia de recursos naturales, mano de obra cualificada y/o una tradición manufacturera previa. Valdaliso, 2001.
- 13.- Para Monterrey, Cerutti, 1992. Para el caso de Vizcaya y la minería, Escudero, 1998; la adquisición de fincas en el ensanche bilbaíno ha sido indicada por Valdaliso, 1993. Un grupo empresarial particularmente activo en estos dos sectores fue el Echevarrieta y Larrínaga (Díaz Morlán 1996 y 1999^a).
- 14.- La tesis tradicional --que sostenía que la industrialización de la Vizcaya se había financiado con los beneficios de la exportación de mineral-- arranca con los publicistas del empresariado minero de principios del siglo XX y fue popularizada por González Portilla, 1981. Investigaciones recientes permiten saber que los beneficios de la minería se dirigieron al propio sector y a la compra de inmuebles, y que la financiación de la industria y los servicios que surgieron en Vizcaya dependió de capitales procedentes del comercio, la propiedad y de los beneficios de cada sector, reinvertidos. Véanse los detalles en Fernández de Pinedo, 1988 y 1989; Valdaliso 1988, 1991 y 1993; Escudero, 1988 y 1998; Torres, 1993; y Díaz Morlán, 1996 y 1999a.
- 15.- González Portilla, 1981; Bilbao, 1985, pp.225-26; y Fraile, 1985. Las revisiones del papel de las exportaciones en Fernández de Pinedo, 1987, y Escudero, 1999.
- 16.- Sobre este proceso, véase Fernández de Pinedo 1983 y 2001. En numerosos casos la creación de sociedades metalúrgicas fue impulsada por los propios siderúrgicos, que se convirtieron en accionistas significativos y, con frecuencia, en consejeros de las nuevas empresas. Valdaliso, 1988.
- 17.- Valdaliso, 1991 y 1998.
- 18.- Maluquer de Motes, 1985; Garrues, 1998.
- 19.- Ormaechea, 1988.
- 20.- Cerutti, 1986; Cerutti y otros, 1999.

21.- Sobre las demandas que estimuló el funcionamiento de estas plantas, el impacto que la industria pesada tuvo sobre la división y especialización de la producción, la formación del mercado nacional en México, la legislación que propició el desenvolvimiento fabril en Monterrey, véase Cerutti, 1985 y 1992.

22.- Una diferencia fundamental, además de la cronológica, es que la siderurgia regiomontana se sustentó exclusivamente en capitales privados. Volta Redonda y las demás siderurgias aparecidas hacia el sur durante los años 40 y 50 del siglo XX fueron impulsadas, en líneas generales, por el Estado.

— En el siguiente número de la revista Entorno Económico será presentada la segunda parte de esta Ponencia, presentada en *en el XIII Economic History Congress en Buenos Aires, Argentina.*

Septiembre / Octubre de Vol. XXXIX

Editorial

Amarga Competencia

Ernesto Sepúlveda Villarreal
página 1

Flujos de capital privado y calificaciones soberanas a mercados emergentes

Enrique González González
página 7

El mercado del agua industrial

Luis Antelmo Saucedo López
página 14

Investigación y desarrollo, innovación y nuevas formas de comercialización ante la apertura comercial : el caso de sector mueblero de Jalisco

Graciela López Méndez
Socorro Araceli Montes Reyes
página 17

Índice de precios al consumidor correspondiente a septiembre y octubre de 2001
página 23

Centro de Investigaciones Económicas

¿Le interesa colaborar en Entorno Económico?

Póngase en contacto con nosotros

entorno@ccr.dsi.uanl.mx

cgamez@ccr.dsi.uanl.mx

epicazzo@ccr.dsi.uanl.mx

Entorno Económico ya esta disponible en la página web de la Facultad de Economía

www.uanl.mx/facs/fe/